

Documento 12

Ivan Illich y la escuela en las economías del crecimiento

La guerra de Vietnam se ajusta a la lógica prevalente. Su éxito se ha medido por el número de personas efectivamente tratadas con balas baratas descargadas a un coste inmenso, y a este cálculo salvaje se le llama desvergonzadamente «recuento de cuerpos». Así como los negocios son los negocios, la acumulación inacabable de dinero, así también la guerra es el matar, la acumulación inabarcable de cuerpos muertos. De manera semejante, la educación es escolarización, y este proceso sin término se cuenta en alumnos-hora. Los diferentes procesos son irreversibles y se justifican por sí mismos. Según las normas económicas, el país se hace cada vez más rico. Según las normas de la contabilidad mortal, la nación continúa ganando perennemente sus guerras. Y conforme a las normas escolares, la población se va haciendo cada vez más educada.

Al hablar de «este proceso sin término», Illich está refiriéndose a la lógica que ponen en juego a todos los niveles, desde la educación al ámbito militar, las llamadas economías del crecimiento, como lo es la nuestra. Estas suelen ampararse en el concepto eufemístico de «crecimiento sostenido», que en realidad enmascara la creencia en un imposible metafísico: el crecimiento ilimitado de la economía y de los bienes que oferta como servicios.

Ivan Illich (1926-2002), filósofo, teólogo y pensador austriaco de ascendencia croata y sefardí, publicó en 1971 un sonado ensayo, *La sociedad desescolarizada*, en el que ponía en duda, desde posiciones cercanas al anarquismo (aunque él solía renegar de esa etiqueta), la necesidad de la escuela para conseguir una verdadera educación. La Guerra de Vietnam, que aquí menciona, se trató de un conflicto librado entre 1955 y 1975 que enfrentó a la República de Vietnam (bloque capitalista de Vietnam del Sur, que contó con el apoyo de Estados Unidos y otras potencias) contra el Frente Nacional de Liberación de Vietnam y la República Democrática de Vietnam (bloque comunista de Vietnam del Norte). En el momento de escribir Illich estas palabras, todavía se libra esta guerra. De ahí el presente.

El programa escolar está hambriento de un bocado cada vez mayor de instrucción, pero aun cuando esta hambre conduzca a una absorción sostenida, nunca da el gozo de saber algo a satisfacción. Cada tema llega envasado con la instrucción de continuar consumiendo una «oferta» tras otra, y el envase del año anterior es siempre anticuado para el consumidor del año en curso. El fraudulento negocio de los libros de texto está construido sobre esta demanda. Los reformadores de la educación prometen a cada generación lo último y lo mejor, y al público se le escolariza para pedir lo que ellos ofrecen. Tanto el desertor, a quien se le hace recordar a perpetuidad lo que se perdió, como el graduado, a quien se le hace sentir inferior a la nueva casta de estudiantes, saben exactamente dónde están situados en el ritual de engaños crecientes [...].

Pero el crecimiento concebido como un consumo sin términos –el progreso eterno– no puede conducir jamás a la madurez. El compromiso con un ilimitado aumento cuantitativo vicia la posibilidad de un desarrollo orgánico.

Ivan Illich, *La sociedad desescolarizada*, en *Obras reunidas*, vol. I, México, Fondo de Cultura Económica, 2013, p. 257 [edición electrónica]

Traducción de Gerardo Espinoza y Javier Sicilia

Notas al margen del profesor

En toda *La sociedad desescolarizada*, Illich parece tener muy clara la diferencia entre la educación entendida como desarrollo de los aprendizajes a los que lleva la curiosidad innata de los individuos y la instrucción u oferta de títulos que ofrece la escuela de manera ilimitada en las economías del crecimiento (piensen, por cierto, en que a ustedes, para poder competir en unas oposiciones, se les demanda que cada vez la etapa universitaria sea más prolongada en el tiempo y les lleve a acumular más títulos, lo que no necesariamente se traduce en una mayor ni, desde luego, mejor educación). En otro lugar de su libro, Illich escribe esto: «Las escuelas pervierten la natural inclinación a desarrollarse y aprender convirtiéndola en demanda de instrucción» (p. 277).